

Apuntó en una libreta el nombre del lugar y la dirección del librero. Un par de años después tuvo necesidad de ir a La Haya. Ahí tomó la decisión de ir a buscar el libro. Un sábado, a las nueve de la mañana se subió al tren que lo acercaría a ese lugar al que llegó a eso de las doce horas. Al entrar a la librería encontró un local de ocho por seis metros atestado de libros, en los anaqueles sobre las mesas que estaban en el centro de la habitación, amontonados en el propio suelo. Un viejo librero que parecía rabino alzó la cabeza tras la montaña de libros que la cubría. Se saludaron y luego de las preguntas del anciano librero: ¿De dónde viene? ¿Qué lo trae por estos lugares? ¿Busca algún libro?, Javier contestó que quería saber si todavía conservaba la edición de *Las danzas de la muerte* de Holbein. El viejo navegó por ese mar de libros, abrió una vitrina con una llave que llevaba en el chaleco y sacó un libro, un poco o un mucho maltratado, le limpió el polvo con una brocha de pintor y le dijo a Wimer que ese polvo lo protegía un poco de la humedad.

LA SABIDURÍA COSMOPOLITA

Jorge Ruiz Dueñas

Si todas las generaciones, parodiando a Albert Camus en su discurso de Suecia, se sienten llamadas a reformular al mundo, Javier Wimer fue, en la medida del hombre, uno de esos seres humanos llamados a evitar que el nuestro se destruya. En los treinta y cinco años de nuestra amistad le recuerdo dispuesto siempre a la generosidad desprovista de gesticulación y a la defensa del destino pleno de los demás. No he de insistir en sus virtudes obvias, como las astutas rapsodias mentales, la erudición bien dispuesta a disertar lo mismo sobre grupos de poder que del lenguaje celebratorio de Saint-John Perse, o de su capacidad de síntesis desmadejando insólitos argumentos.

Conocí al Wimer de sonrisa abierta cuando su adusta corteza caía como campanadas del carrillón. Así me despedí de él después de un memorioso repaso de viejas anécdotas sobre ocupaciones comunes, sin que la ironía y el buen humor le abandonasen. Hablamos de los tiempos del hermano mayor develando su idea de la estructura del universo de discurso, siempre robustecido por el verbo y semidesnudo de adjetivos. Esa noche sólo nos dijimos hasta pronto, consciente él de la finitud de su cuerpo, sin comentarios taciturnos, y como un actor con dominio pleno de la escena decidido al tránsito hacia lo indefinido, ese inevitable ritual de la existencia.

Víctor Flores Olea ha dejado en sus *Retratos de familia* un recuerdo gráfico de esa actitud jocunda de Javier Wimer. Algo escribí entonces sobre el ojo de cristal de Víctor que, a la manera de Eliot, hacía posible preguntar-

nos a los congregados en esas páginas: “¿...estás ahí...?”, a lo que ahora más de dos decenas, con el propio Javier, podrían responder: sí, estamos ya dispuestos en la barca de Caronte.

Por ello, entre sus virtudes, me gustaría referirme a su seducción por la naturaleza en el sentido menos contemplativo y más cotidiano. Merced a su visión del porvenir Javier Wimer, como Fernando Pessoa, podía decir: “Tienen todos, como yo, el futuro en el pasado”. Pero, más allá de su inquietud por la vida comunitaria, por el animal político y el destino social, era quizás el pretérito de la naturaleza en evolución constante lo sustantivo de su intimidad intelectual. La interpretación paulatina de los hombres de antaño sobre los fenómenos naturales, y la literatura copiosa de interpretaciones antiguas donde Borges resulta un vocero de la ciencia antigua podían llevarle horas de charlas sin cesura. La verdad detrás de la verdad, donde la campiña y los burgos se nutrían de mitos semejantes y, como siempre, donde el conocimiento apenas era otra forma de la ignorancia le llevó a la búsqueda aun novelesca de libros antiguos en Praga o París que luego compartía con generosas interpretaciones.

Su deslumbramiento por el mundo era perpetuo, aunque de la condición humana, como Terencio, nada le era ajeno. Estas fugas le permitían escapar de toda dimensión para buscar en sus reflexiones respuestas al *tempo* del paulatino despertar del conocimiento, entre las brumas metafísicas de un pasado delirante.

Dónde sino en su biblioteca podía encontrarse la *Cosmographia universalis* de Sebastian Münster en la edición de Basilea de 1550, para consultar los peligros que aguardan al marinero desprevenido, o la *Historiae Naturalis* de *Iohannes Ionstonus*, en su edición de 1659, sólo por mencionar dos títulos que hablaban de la exquisitez intelectual de su dueño. Con quién sino con él era posible discutir hasta dónde Ambroise Paré recogía una imagen de Conrad Gesner y, ésta, a su vez, de Belon. Extrañaré sin duda al fraterno Javier y las inesperadas pausas en su jardín —hecho a la medida de un santuario natural— cuando posaba la mirada en la copa de los árboles y parecía escuchar el sistro del viento y los mensajes del ábrego deslizado desde los ribazos del Ajusco. Luego caía su reflexión o el dato preciso: el linaje de los terebintos, el estallido de las florescencias, la razón secreta del gesto del macaco, la nostalgia herbosa de la orquídea, o el tableteo de las cigüeñas en los nidos de astillas. Por qué sino por su curiosidad insaciable de conocer el proceso que hizo la memoria del mundo, su interés sin medida en las expediciones trashumantes y por la aventura del conocimiento de los reinos naturales.

Él mismo, trashumante ante los colosos megalíticos de la isla de Pascua, en los hallazgos meridianos de las



Galápagos, o en las llanuras cálcicas de Guerrero Negro entre surtidores de ballenas recién paridas, hizo del viaje una expresión del eterno retorno.

En sus andanzas, tuvo la propensión de ver una relación entre la forma y la materia. Conocía con detalle *El fisiólogo*, raíz común de los bestiarios medievales en los que las características de los seres inexistentes eran elementos útiles para estructurar lecciones morales a partir de las figuras fantásticas, y no era infrecuente que vinculase con picardía a los humanos por sus particularidades ambiguas y las virtudes propias de las bestias reales. Esto era así, porque, recordando a Claude Kappler, como nos gustaba hacerlo: para adherirse a lo maravilloso es necesario ser un poco poeta.

Quien comprende a la naturaleza comprende al mundo. Él procuró seguir el rumbo de los soplos que mueven las ramas, y no le sorprendió entonces la mudanza de las ideas en las inciertas mentes de los políticos. Él distinguió los matices de la bóveda celeste cuando anuncia noches tormentosas, y anticipó el impulso popular a favor de los cambios. Él observó atento el agua de las lluvias y esperaba ya la ruptura de los diques sociales. Él supo, como Kappler, algo que en nuestra sociedad siempre hemos de tener presente: para ser un monstruo no es indispensable ser físicamente anormal, anticipándose al ya popular comentario de Günter Grass, para quien, en México, lo grotesco fantástico siempre es superado por lo grotesco político.

Es verdad, sólo la primavera se renueva. Porque en él la erudición se unía a una involuntaria actitud magisterial, la semilla se expande más allá de lo genético, y beneficiaba a quienes estuvimos cerca de sus pasos, sonoros siempre como el “piafé” de un corcel de alta escuela.

Javier Wimer no fue un extranjero en los espacios del hombre. Se entendió con los cauces de los ríos y el contradictorio flujo de las corrientes marinas. Porque las travesías de Malaspina fueron también bitácora de su propia singladura, en su partida, sin omitir la pobre opinión que le producían los sistemas opresores y la desgarrada condición de nuestra comunidad nacional, se ha llevado experiencias visuales arrambladas como la arena a lo largo de muchas décadas. Conoció tierras almidonadas, caballos rojos, aves impasibles, hurones vegetarianos y amistosos, insectos nómadas; cielos agazapados por el domo de las lluvias tropicales, y el gruñido ancestral de jaguares entre el verde omnipresente de Tabasco. Celebró el imperio de los colores en la espesura primigenia y no perdió de vista el vuelo de los seres migratorios. Estoy seguro de que en su ensueño definitivo la naturaleza le acogió con la familiaridad dispensada a los amigos y el aroma de prados indulgentes con que la tierra sólo recibe a los hombres justos.

EL LEGADO DE WIMER
Jorge Eduardo Navarrete

Nenuca:

Javier, el tuyo y el nuestro, está entre nosotros. Escuchándonos con ese gesto tan propio que combinaba el divertimento con cierta incredulidad o sorna. Aun sin ver la imagen que se proyecta, sino acudiendo a la que llevo en mente, no necesito cerrar los ojos para verlo con nitidez, con esa semisonrisa que le hilvanaba los labios.

Como muestran estas primeras palabras, prefiero evocar algunos de mis recuerdos de él que intentar ahora cualquier valoración de lo que hizo, que fue mucho y variado y trascendente, y del legado que nos dejó, a todos, con el que, por fortuna, viviremos siempre.

Empezó a mostrarme generosidad apenas al conocerme, en sólo días o semanas. Hace medio siglo, me abrió las páginas de *Nueva Política* —la revista que animó sin desmayo— para recoger un trabajo sobre el endeudamiento externo latinoamericano que se sintió impelido a revisar minuciosamente para asegurarse de que quedara aceptable, al menos gramaticalmente.

Ese texto fue el punto de arranque de numerosas conversaciones, por lo general compartiendo comidas prolongadas por el diálogo y, a veces, por la discusión, en un restaurante de la calle de Amberes, en la todavía hospitalaria zona rosa de los sesenta.

En este aspecto, la nuestra fue opuesta a las amistades inglesas caracterizadas por Borges: comenzó por abarcar el diálogo y alcanzó a incluir, ocasionalmente, la confianza. Ese autor, a quien conocía y admiraba, fue tema de innumerables intercambios.